

Tres décadas de intervencionismo ruso en el espacio postsoviético: de la geopolítica al neoimperialismo

José Ángel López Jiménez¹

Rusia ha supuesto históricamente un desafío estratégico para el sistema regional e internacional en términos de seguridad. Como imperio, o durante el periodo de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), ha considerado la expansión de su territorio como la mejor forma de defensa de sus fronteras, y la lejanía de ellas del Kremlin favorecía la preservación del poder político de corte autoritario o totalitario. Ambos rasgos se retroalimentaban; Catalina II justificaba la necesidad de un control férreo en una extensión territorial tan vasta (Figes, 2022). Sin embargo, la URSS también colaboró de manera decisiva —con un coste humano brutal— en la derrota de la Alemania nazi en 1945, lo que alimentó el imaginario de la Gran Guerra Patriótica, que está siendo manejado instrumentalmente por parte de Putin durante estos últimos años (Núñez Seixas, 2022).

La magnitud y virulencia de la agresión armada rusa a Ucrania ha evidenciado un escenario que, durante casi tres décadas, parece haberse querido ignorar deliberadamente por los representantes de la gobernanza mundial: el intervencionismo del Kremlin en el espacio postsoviético. Reducido al ámbito de la especialización académica de carácter interdisciplinar (politológico, económico, histórico o jurídico-internacional), el análisis y estudio de los numerosos conflictos desarrollados en el seno de las nuevas repúblicas independientes ha sido tan prolífico en el plano internacional como casi inexistente en el nacional.

En España, la soviología fue inexistente. Con la desaparición de la Unión Soviética, un reducido núcleo de investigadores intentó crear el embrión de estudios sobre la evolución y nueva configuración de Europa oriental (Martín y Pérez, 2001), a semejanza de lo que en el ámbito anglosajón y en la Europa central y nórdica ha estado presente desde el pasado siglo xx. Sin embargo, este intento fue producto, más bien, del esfuerzo individual (proyectos de investigación, tesis doctorales) que fruto de una coordinación institucional o académica, por no mencionar la endémica ausencia de financiación —pública o privada— en apoyo a este tipo de iniciativas. El desinterés hacia el vecindario compartido con Rusia y hacia la propia Rusia ha sido una constante histórica en la Academia de nuestro país. Baste con recordar la efímera existencia del Instituto de Ciencia y Cultura Soviéticas —reconvertido en 1992 como Instituto de Europa oriental, e inaugurado el mes de octubre de 1990 por Raísa Gorbachov— en el campus de Somosaguas de la Universidad Complutense. Los Encuentros sobre Europa Oriental celebrados durante diez años en la Universidad Politécnica de Valencia y sus respectivas publicaciones durante una década, entre los años 1999 y 2009 (Flores Juberías, 2006 y 2009) constituyeron una auténtica excepción, al igual que la publicación de la revista *Cuadernos del Este* desde finales de 1990 hasta principios de 1997. Por ello, hay que saludar muy positivamente iniciativas como la reciente creación de redes de investigación como la REIECO (Red Española de Investigación de Europa Central y Oriental) que, desde la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense coordina e informa de los trabajos y de los proyectos e iniciativas de un amplio conjunto de investigadores e investigadoras de carácter multidisciplinar y plurinacional.

Este desconocimiento explica en buena medida la ausencia de rigor en los análisis que, especialmente en los medios de comunicación, se han venido realizando sobre las principales claves del conflicto en Ucrania. Las distorsiones históricas, el alineamiento sistemático con las tesis occidentales o rusas —mucho más escasas— y el mínimo acceso a fuentes que no sean indirectas han imposibilitado las reflexiones más globales en torno a cuestiones como la seguridad regional, la política exterior de Rusia durante las tres décadas de independencia, o la expansión de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en el antiguo espacio soviético. La lógica posición de defensa hacia el Estado agredido y las denuncias de las reiteradas violaciones del derecho internacional por parte del Kremlin no impiden ampliar el foco analítico y metodológico sin necesidad de caer en la criticada equidistancia.

La agresión rusa no se inició el 24 de febrero de 2022; ni siquiera en el año 2014 tras el Euromaidán. Es el último eslabón de una larga cadena iniciada casi desde el momento de su acceso a la independencia. Con la firma del Memorándum de Budapest —en el mes de diciembre de 1994—, Ucrania aceptaba desmantelar su

¹ Universidad Pontificia Comillas/ICADE (España).
ORCID: 0000-0002-5787-5532
E-mail: jalopez@icade.comillas.edu

arsenal nuclear a cambio del respeto a su independencia e integridad territorial, que fue violada con la anexión de Crimea. Sin embargo, desde la llegada de Putin al poder a finales de 1999, las injerencias en los asuntos de exclusiva jurisdicción interna ucraniana han sido constantes. La denominada Revolución Naranja en el año 2004 y los sucesivos intentos de colocar en la presidencia de esta república a candidatos prorrusos han formado parte de un conjunto de instrumentos utilizados por Moscú característicos de los conflictos híbridos (la desinformación, la presión energética, la lengua rusa y el control de los medios de comunicación, la población mayoritariamente rusa en la mitad oriental de Ucrania, la financiación de grupos políticos afines o la protección de esa minoría rusa residente frente a potenciales violaciones de derechos humanos). El punto de inflexión marcado en el año 2014 con la huida del presidente Yanukóvich a Moscú inició el intervencionismo ruso caracterizado por el *hard power*. La intervención militar encubierta —en sus inicios— en los distritos orientales se sostuvo hasta el comienzo de la guerra a gran escala del año 2022. Ha sido apoyada y justificada con argumentos abiertamente ilegales que violan principios estructurales del ordenamiento jurídico internacional (la prohibición de la amenaza y/o uso de la fuerza, la integridad territorial, la igualdad soberana de los Estados o el principio de no injerencia en asuntos internos), y falaces (el genocidio ucraniano contra la minoría rusa o la desnazificación de Ucrania). En realidad, se trataba de cuestionar la propia existencia independiente del Estado ucraniano y su derecho a decidir autónomamente su futuro, así como su pertenencia a las organizaciones internacionales y regionales que estimase oportuno.

Ucrania no ha sido el único conflicto en el espacio postsoviético, ni tampoco el primero. Durante la fase terminal de la URSS, en la que los nacionalismos periféricos constituyeron uno de los elementos centrales de ruptura del sistema político y de la disolución del Estado federal, se multiplicaron los conflictos de diferente caracterización (interétnicos, secesionistas, territoriales) que se prolongaron después de la independencia de las quince repúblicas. La política exterior de la Rusia independiente, tras una fase inicial de reconfiguración estratégica, se orientó hacia su “extranjero próximo” que había formado parte del territorio soviético. Desde un punto de vista histórico, la seguridad de Rusia durante siglos ha consistido en expandir sus fronteras, alejando las mismas al máximo del núcleo central (Tsygankov, 2014). Esto explica parcialmente la pulsión imperial del Kremlin y un proceso inverso al que suele ser el natural. Rusia ha sido antes un imperio que una nación (Hosking, 2011), lo que se traduce en estos momentos en una conexión entre el nacionalismo ruso contemporáneo y la expansión de carácter neocolonial en su vecindario, considerado como una esfera de interés esencial en sus documentos estratégicos y en su acción exterior (Freire y Simão, 2015).

Desde Moscú, Putin ha vuelto a agitar la confrontación con Occidente —desde su perspectiva, la agresión contra Rusia— como la causa directa de la respuesta en Ucrania mediante una “operación militar especial”. La marginación de Rusia y de sus intereses propiciada por Occidente estaría condicionando y marcando, según esta interpretación interesada, el diseño de la política exterior rusa durante las dos últimas décadas (Sergunin, 2016: 15). Sin embargo, hay que destacar el papel que Ucrania juega en el imaginario histórico, político e ideológico del Kremlin. La incorporación de Kiev a los proyectos de cooperación regional liderados por Rusia —como la Unión Económica Euroasiática (UEE) o la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC)— era una necesidad ineludible. Su caracterización como territorio frontera (Schlögel, 2022) y de acceso a las puertas de Europa Occidental (Plokhyy, 2016) y la UE son factores clave analizados por diversos trabajos que abordan la relevancia que el Estado ucraniano independiente tiene en el espacio postsoviético (Sakwa, 2022) y el potencial de desestabilización de toda la región que representa (Devyatkov, 2017).

La pulsión neoimperial de la Rusia de Putin, cuyos presupuestos ideológicos se fundamentan en un ultranacionalismo en el que se recoge el tradicionalismo —encarnado por las obras de Alexander Duguin y su proyección a la geopolítica de Rusia— y una alianza estratégica con la Iglesia ortodoxa rusa que ha considerado la agresión a Ucrania como una suerte de guerra santa (Kelaidis, 2023) están intentando socavar la construcción de los Estados-nación en sus fronteras vecinas. Los fundamentos geopolíticos se trasladan a la configuración de un nuevo orden internacional multipolar (Duguin, 2020) en el que el proyecto eurasiático de Rusia (Laruelle, 2012) y la alianza estratégica con China y otras potencias regionales (Irán, Turquía, India) se enfrenta al orden liberal representado por Estados Unidos y Occidente (Tabatabai y Esfandiary, 2018). Teñido de un discurso civilizacional alternativo a la democracia, los derechos humanos y la decadencia moral, propugna una Rusia como gran potencia a través de unos objetivos geopolíticos trufados de populismo (Fernández Leost, 2015).

La manipulación de la historia —una constante desde la creación de la Unión Soviética— es una de las herramientas que el Kremlin ha utilizado más profusamente para justificar el uso de la fuerza contra Ucrania (Plokhyy, 2023), así como el cuestionamiento de su estatalidad independiente, fruto de una artificial creación que ha dividido a un mismo pueblo (Putin, 2021), y que niega una identidad etnolingüística ucraniana diferenciada.

El concepto de “extranjero próximo” (Toal, 2017) ya surgió durante los momentos finales de la perestroika, cuando la explosión de los nacionalismos republicanos parecía inminente. Rusia ya se planteaba ejercer algún tipo de control —más o menos difuso— sobre el futuro territorio postsoviético antes de que se produjese —en palabras de Putin durante su discurso anual en 2005— la mayor catástrofe geopolítica del siglo xx y un drama para los rusos, que dejó a decenas de millones de compatriotas fuera de su territorio. La ansiedad de Rusia (Smith, 2020) por reconstruir el pasado imperial a través de la reivindicación del *Russkiy Mir* (mundo ruso) se

va a proyectar a través de un prolongado intervencionismo neocolonial (Mälkso, 2022: 1) en los procesos de construcción estatal de las diversas repúblicas.

Los conflictos más relevantes que se han venido desarrollando durante estas tres décadas en el antiguo territorio de la Unión Soviética se gestaron en el periodo final de la misma. Su activación militar o su congelación han estado conectadas con el instrumentalismo e intervencionismo ruso en cada uno de ellos. En un escenario de construcción de las estatalidades independientes republicanas, la relación entre Moscú y la periferia evidenció una serie de intereses geopolíticos divergentes entre las diversas entidades territoriales. Así sucedió con el conflicto de Transnistria en Moldavia (Wolf, 2011), iniciado en 1990, con una fase militar entre los secesionistas y el Gobierno central (marzo-julio de 1992) y congelado hasta la fecha, a pesar de los numerosos intentos de resolución política-diplomática bajo los auspicios de la OSCE (López, 2021). Aunque de forma genérica y errónea se calificaba a la mayoría de los conflictos como interétnicos, la caracterización era variada: político-ideológicos (Transnistria); de soberanía territorial (Nagorno-Karabaj), sostenido desde 1988 entre Armenia y Azerbaiyán (De Waal, 2013); secesionistas (Osetia del sur y Abjasia), desarrollados en Georgia desde 1989 hasta la intervención militar rusa de 2008 (Wheatley, 2016); guerra civil (Tayikistán, 1992-1997) (Epkenhans, 2016); o conflicto interno, como los dos de Chechenia durante la década de los noventa en Rusia (Galeotti, 2014), así como los desarrollados en Uzbekistán (2010) (Keller, 2022), y Kazajistán (2022) (Zabortseva, 2016). Así, hasta llegar al conflicto internacional entre Ucrania y Rusia desarrollado desde 2014 (Puri, 2022).

Hay una clara distinción existente entre los denominados conflictos de “primera generación” (Kazantsev *et al.*, 2020) —aquellos que se iniciaron en el periodo final de la Unión Soviética y durante los primeros meses de independencia de las quince repúblicas— y los que continuaron posteriormente como consecuencia de una política exterior del Kremlin mucho más asertiva en su esfera de influencia, cuyo argumento esencial fue la expansión de la OTAN a las fronteras rusas, pero también por factores domésticos que pretendían apuntalar el régimen de Putin: el temor a las denominadas revoluciones de colores. Ucrania (naranja), Georgia (rosas) y Kirguistán (tulipanes) que se percibieron por parte de Putin como precedentes muy serios de desestabilización de su extranjero próximo, pero también como un potencial muy peligroso en clave doméstica (Finkel y Brudny, 2012).

Aunque durante la última década del siglo xx, Rusia intentó una aproximación con Occidente, su política exterior se convirtió en abiertamente intervencionista en sus repúblicas vecinas (López y Morales, 2017). La llegada de Putin al Kremlin con el cambio de siglo endureció paulatinamente el discurso hacia Occidente, y hacia Estados Unidos en particular. Si, como recogía el marqués de Custine, “ningún carácter es tan difícil de definir como el del pueblo ruso”, el nuevo liderazgo encarnaba a la perfección esta descripción (De Custine, 209: 376). La interpretación interesada del derecho internacional en cuestiones tan discutibles como la legítima defensa preventiva (Iraq), el derecho de injerencia humanitaria (Kosovo), el derecho de autodeterminación y el reconocimiento de Estados (Kosovo) y la responsabilidad de proteger (Libia) cargó de argumentos al discurso de Putin, que lanzó su advertencia en la Conferencia de Seguridad de Múnich de 2007. La consolidación de algunos Estados *de facto* se convirtió en uno de los objetivos utilitaristas de Moscú en sus vecinas repúblicas (O’Loughlina, 2015). Su instrumentalización a través de la conversión de las identidades étnico-nacionales en un arma geopolítica (De Waal y Von Twickel, 2020) ha trazado la evolución diferenciada de los distintos conflictos, con escenarios muy diversos que han provocado desde el enquistamiento diplomático (Transnistria) o la secesión definitiva (Osetia del sur y Abjasia) al conflicto bélico a gran escala (Ucrania), pasando por rebrotes de fases bélicas esporádicas y localizadas (Nagorno-Karabaj).

Las intervenciones militares de Rusia en Georgia (2008) y en Ucrania (desde 2014) han culminado el trasvase desde el *soft power* al *hard power* en el espacio postsoviético. Sin embargo, en ambos modelos se ha experimentado con notable éxito la explotación de la “zona gris” por parte del Kremlin. Un espacio de conflicto caracterizado por las amenazas híbridas que permiten conseguir objetivos a potencias iliberales sin traspasar —inicialmente— la línea de la agresión armada. Protagonizada por actores estatales y no estatales (proxy) —grupos insurgentes, paramilitares, milicias privadas—, se han multiplicado en escenarios de interés geopolítico de Moscú (Baqués, 2021: 211). Los instrumentos son bien conocidos y han sido empleados por el Kremlin en todos los conflictos referenciados (los ciberataques, las violaciones del derecho internacional, la presión energética, la desinformación, los asesinatos selectivos, el terrorismo, las operaciones encubiertas, las represalias económicas, y la diplomacia malversando el principio de buena fe). Si los objetivos son alcanzados, la vía militar no se utiliza, aunque en los modelos intervencionistas de Georgia y Ucrania constituyeron la antesala del uso de la fuerza (Muradov, 2022).

Resulta, en cierto modo paradójica, la posición de la Academia en Rusia con respecto al análisis de los conflictos en el espacio compartido con la UE. En un reciente volumen dedicado al análisis de la disciplina de las relaciones internacionales en este Estado, destaca la ausencia de trabajos dedicados a este tema tan relevante en la política exterior rusa. Sin embargo, se desarrollan ámbitos tan dispares como las diversas perspectivas paradigmáticas de la disciplina, la agenda internacional rusa desde la investigación, los estudios por áreas geopolíticas y los aspectos ideológicos desde el sovetismo hasta la actualidad, así como el *mapping* de las principales corrientes de investigación (Lagutina *et al.*, 2023). Sí encontramos relevantes aportaciones sobre el inicio y los orígenes del conflicto en Ucrania, incluso con anterioridad al año 2014 (Sergunin, 2014) por parte de los máximos exponentes académicos rusos y anglosajones (Allison, 2014).

La culminación de la agresión rusa contra Ucrania supone el pulso definitivo al orden internacional liberal por parte de una de las potencias refractarias al actual *statu quo* (jurídico, geopolítico y del marco de principios y valores). La posición de otras potencias mundiales y regionales en la Asamblea General de Naciones Unidas rechazando o absteniéndose en la condena a la intervención militar diseñada por Putin anticipa la formación de un orden multiplex (Acharya, 2017), configurado por actores de diversa condición (estatal o no) y en el que Rusia pretende recobrar el nivel de gran potencia. Su comportamiento en la comunidad internacional reviste una curiosa dualidad: un carácter conservador y, a la vez, revisionista (De Gliniasty, 2022: 167). Esta contradicción se manifiesta en cuestiones como el teórico respeto a la integridad territorial de los Estados —en calidad de miembro permanente del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas— y, en paralelo, su intervencionismo apoyando los secesionismos en las repúblicas vecinas, en flagrante violación del mencionado principio estructural, así como el de no injerencia en asuntos internos.

La crisis del multilateralismo afecta a diversos ámbitos institucionales, normativos y no solo con los Estados-nación como actores mayoritarios del sistema internacional (Calvillo Cisneros, 23: 40), sino, como demuestra el espacio postsoviético, también con los nuevos Estados de reciente independencia que son multiétnicos. Los riesgos de fragmentación del orden internacional en sistemas regionales son muy elevados, abocando al sistema a una conexión muy limitada a ámbitos económico-comerciales. En esta deriva de la que ya tenemos suficientes evidencias, los principales damnificados serían el marco securitario (internacional y regional), el aumento de los regímenes iliberales o abiertamente autoritarios y el alarmante incumplimiento del derecho internacional público y, como estamos asistiendo en el conflicto en curso, el derecho internacional humanitario y el derecho internacional de los derechos humanos (López Jiménez, 2021).

Hay autores que califican el actual orden político internacional como híbrido y revisionista (Hynek y Štrítecký, 2022) pero, sin un análisis desde una perspectiva histórica, no se pueden entender las dinámicas que configuran este vasto espacio geopolítico. Algún eminente autor sostiene que potencias regionales y globales, como Rusia, China, Turquía o Irán, desafían el orden internacional como herederos de imperios que colapsaron (Mankoff, 2022), lo que explica, en cierta medida, algunos conflictos como los de Crimea, el Donbás o Xinjiang y las relaciones entre este tipo de regímenes políticos.

La unidad de la Unión Europea (UE) en la respuesta al desafío ruso en Ucrania (Krastev y Leonard, 2023) no debe de ocultar una visión muy fragmentada y opuesta a la occidental por parte del sur global (Garton Ash *et al.*, 2023). Este numeroso conjunto de Estados de varios continentes ha mostrado su posicionamiento hacia la agresión rusa de Ucrania con una significativa abstención a la resolución de condena de la Asamblea General de Naciones Unidas, de 1 de marzo de 2022 (35 Estados). Es un claro ejercicio de protesta y de insatisfacción pluridimensional: el descontento frente al reparto de vacunas de la COVID-19 en África, América latina y buena parte de Asia cuyos proveedores han sido fundamentalmente China y Rusia; la escasa agenda reformista a expensas de las Cumbres de Naciones Unidas sobre el futuro (2024) y social (2025); la precariedad en el cumplimiento de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS); la evolución de las medidas contra el cambio climático; el desempeño de la Corte Penal Internacional (CPI), de la que las grandes potencias están ausentes o, en último término, los numerosos déficits mostrados por el sistema universal de Naciones Unidas (democráticos, solidarios, en la representación, o en el cumplimiento de los acuerdos).

Putin, en definitiva, ha concretado con su agresión a Ucrania sus tres delirios (Ackerman y Courtois, 2022: 451): el intento de restaurar la grandeza geopolítica de la URSS, la brillantez mitológica de los zares y la unidad eslava en torno a Rusia. Su fortaleza —hasta estos momentos— se ha basado en un potente control de su círculo más próximo de las instituciones, los cuerpos de seguridad, el sistema político, la economía, los medios de comunicación y las fuerzas armadas (Applebaum, 2018: 22). Sin embargo, las incertidumbres que se desprenden del actual escenario bélico pueden acentuar los riesgos de implosión interna de Rusia y dibujar igualmente un horizonte muy complejo para la minoría rusa residente en el conjunto de las repúblicas exsoviéticas (Batta, 2022). De igual forma, las reverberaciones del conflicto pueden extenderse al Cáucaso (Meister, 2023) y a Asia Central (Dadabaev y Sonoda, 2023). Por ello la pertinencia del conjunto de trabajos que integran el presente volumen monográfico.

La actual situación del espacio postsoviético —después de más de tres décadas de la implosión soviética— es muy convulsa y no está exenta de potenciales escenarios abruptos como los que favoreciesen conflictos civiles, incluidos en la propia Rusia, así como la caída del propio régimen de Putin. Un breve repaso de esta área geopolítica esencial para la seguridad regional e internacional nos muestra a Bielorrusia con Lukashenko como cooperador necesario del Kremlin en la agresión a Ucrania, operando como un Estado marioneta, despojado del control soberano de su territorio mediante la aplicación del Tratado de Unión entre las dos repúblicas, y depositario de armamento nuclear en la frontera con Estados integrantes de la OTAN y de la UE (López Jiménez, 2022).

Las repúblicas bálticas, definitivamente incorporadas a los proyectos de cooperación regional occidentales, presentan los perfiles más defensivos frente al desafío ruso en Ucrania dada la proximidad geográfica e histórica a este Estado. Territorios como la franja de Suwalki o el enclave de Kaliningrado (Studzińska y Dunaj, 2023) hacen de su membresía en la OTAN ampliada (con las incorporaciones de Suecia y Finlandia) un *buffer* securitario imprescindible. Moldavia, Georgia y la propia Ucrania son ejemplos de fragmentación

territorial provocados por Moscú como consecuencia directa de sus intereses geoestratégicos en la región (Toal y O'Loughlin, 2016). Transnistria y el conjunto de Ucrania se están viendo afectados — en diferente medida— de la beligerancia rusa y de la incapacidad para escapar del control de su esfera de interés geopolítico.

En la región del Cáucaso, el conflicto de Nagorno-Karabaj escenifica la posición ambivalente del Kremlin. Mientras mantiene una relación estratégica con Armenia, con un tratado bilateral de carácter militar y —desde una perspectiva multilateral— con la pertenencia a la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC), con Azerbaiyán —más independiente del Kremlin— tiene una relación continuada de suministro de armamento y se ha negado a activar la cláusula de defensa común requerida por Armenia en el marco de la OTSC (Yavuz y Gunter, 2022).

El Kremlin ha pivotado hacia Asia Central en los últimos años. Apoyado en el eurasiatismo como soporte ideológico, Moscú ha considerado que la colaboración estratégica con China impactaba directamente en las cinco repúblicas de Asia Central (Mirza y Ayub, 2022), excediendo el marco de la Organización para la Cooperación de Shanghái (OCS). Entre las cinco repúblicas cabe destacar unas relaciones muy diferenciadas: desde la práctica realizada por Tayikistán del *bandwagoning* (que oscila entre los apoyos de Pekín o Moscú) o de Uzbekistán (Rusia, China o Turquía; con entradas y salidas de la OTSC, UEE o GUUAM), hasta repúblicas que practican una política exterior más multivectorial al margen de Moscú (Turkmenistán y Kirguistán). Kazajistán mantiene una cooperación intensa con Rusia, reforzada con la ayuda del Kremlin al régimen de Tokayev durante la revuelta interna en el mes de enero de 2022, un mes antes del inicio de la guerra en Ucrania (Kudaibergenova y Laruelle, 2022).

El monográfico que se presenta es el fruto de la coordinación del trabajo de un grupo de especialistas que, desde diversas perspectivas y con una vocación eminentemente interdisciplinar (politológicas, jurídicas, históricas, antropológicas, económicas y en el ámbito de las relaciones internacionales) intentan reflexionar en torno a una problemática que, más allá de la agresión armada de Rusia contra su principal vecino — con el que comparte lazos histórico-culturales desde hace once siglos— ofrezca una visión general de un fenómeno poliédrico: la política exterior de Rusia en su vecindario postsoviético, las dinámicas desarrolladas en los distintos conflictos en los que su intervención ha sido clara, aunque de diversos grados, y, por último, las hipótesis que su comportamiento futuro se pueden establecer, así como las consecuencias que comportan para la seguridad regional y del conjunto de la comunidad internacional.

Se inicia el monográfico con el trabajo de Antonio Sánchez Ortega, que analiza la guerra entre Rusia y Ucrania desde la perspectiva del realismo neoclásico (Romanova y Pavlova, 2012). A pesar del reconocimiento por parte del autor de las dificultades que presenta el estudio de la política exterior de Rusia hacia Ucrania —debido a sus oscilaciones y su adaptación a los cambios estructurales—, considera que el carácter instrumental de este paradigma proporciona una correcta aproximación metodológica al tema (Bukkvoll, 2016). La conexión entre la política interior de Rusia con los “imperativos sistémicos” proporciona una interesante herramienta prospectiva sobre los escenarios futuros que se podrían dibujar tras la finalización de la agresión en curso. La periodización de las relaciones bilaterales, desde las independencias republicanas hasta el conflicto en curso, traza esa evolución escasamente lineal en el unilateralismo ruso hacia Kiev dibujando en el horizonte un orden de carácter multipolar con dos grandes sistemas de alianzas (Owen, 2021).

José María Faraldo Jarillo, en el artículo “El nacionalismo ruso de Putin ¿un legado soviético?”, realiza una visión retrospectiva de las bases de lo que considera como el proyecto imperial de Putin. Para ello recupera “los discursos de la guerra”, es decir, el armazón argumental que ha sostenido para justificar la agresión a Ucrania. Baraja varias hipótesis de investigación: el mencionado neoimperialismo ¿proyecta una reconstrucción de la URSS o de las bases del imperio zarista? (Laruelle, 2015); el sistema putinista ¿es una reformulación del totalitarismo anterior? (Kurzio, 2016); el actual nacionalismo ruso (Shevtsova, 2015) ¿presenta perfiles novedosos o mantiene la esencia del sistema soviético? (Faraldo, 2020). El eclecticismo parece definir al actual constructo ideológico del Kremlin que, por lo demás, parece haber fracasado en su transición de imperio a nación en unas fronteras territoriales que integrasen —en un Estado inclusivo— la enorme riqueza y diversidad étnica de la Rusia independiente desde 1992.

En el artículo de José Ángel López Jiménez, dedicado al conflicto de Transnistria en la República de Moldavia, se aborda el conflicto congelado más antiguo de estas más de tres décadas transcurridas desde la disolución de la Unión Soviética. En él se trazan los orígenes, la evolución, las consecuencias de la construcción de un Estado *de facto* y los escenarios de futuro derivados del conflicto bélico desarrollado en Ucrania. Modelo de secesionismo iniciado en 1990 que agitó el fantasma de una eventual reunificación con Rumanía tras la declaración soberanista del Frente Popular de Moldavia y que, a diferencia de las demandas requeridas por Gagauzia —cinco distritos del sur de Moldavia que también presentaron demandas autonomistas—, acabó por detonar un conflicto militar en 1992 con la intervención de Rusia y sus fuerzas armadas establecidas en el enclave separatista (López Jiménez, 2018). El componente étnico-nacional y su impacto general en el contexto de disolución de la Unión Soviética permite trazar en el trabajo los orígenes, la caracterización del conflicto y la construcción y destrucción de identidades hasta la consolidación definitiva del moldovanismo como identidad cívica que sustentase la construcción de una estatalidad independiente en la república (López Jiménez, 2020). También se recogen los principales intentos de resolución político-diplomática del conflicto “conge-

lado” y los instrumentos esenciales del intervencionismo ruso en el enclave, muchos de ellos extrapolables a otros conflictos secesionistas en la región (Allison, 2022). La relación de Rusia con el ordenamiento jurídico internacional y su “interpretación creativa”, así como las implicaciones derivadas de la agresión rusa a Ucrania y la potencial reactivación del proyecto de *Novorósiya* (Laruelle, 2016) completan el trabajo.

El artículo de Xosé Manoel Núñez Seixas se centra en la cuestión de la memoria histórica como uno de los principales debates identitarios de confrontación entre Rusia y Ucrania. Aunque el autor analiza el periodo que abarca desde la independencia de Ucrania hasta el momento actual, durante estas tres décadas subyacen importantes cuestiones que nos remiten a la Segunda Guerra Mundial, como el *Holodomor*, las víctimas ucranianas de la *Shoah* y la polarización entre dos posiciones encontradas: la nacionalización de los mitos soviéticos de la Gran Guerra Patria —durante los Gobiernos nacional-comunistas— o bien el rechazo al pasado soviético y la asunción benévola del pasado colaboracionista durante la ocupación de la Alemania nazi —en los Gobiernos de los partidos nacionalistas ucranianos— (Núñez Seixas, 2022). La revisión de las diversas políticas de la memoria (Plokhly, 2016) y de los argumentos utilizados para justificar la agresión, como el supuesto carácter nazi del régimen ucraniano (Laruelle, 2021), se realiza a través de una amplia periodización: Nacionalistas, comunistas y ocupantes (1941-45); Imaginar Ucrania en casa y en el exilio (1945-90); la Ucrania independiente (1991-2003): el péndulo de la memoria; Radicalización y fragmentación de las memorias colectivas (2004-2013); Narrativas nacionalistas y la sombra del vecino (2014-2019); De la reconciliación a la guerra (2019-2022). Por ello, la contextualización histórica de las complejas relaciones entre Ucrania y Rusia, incluso durante el periodo de la Unión Soviética, constituye un marco imprescindible para entender la deriva que ha culminado con la actual agresión a un Estado como el ucraniano, al que se le niega la posibilidad de una existencia independiente (Brunk y Hakimi, 2022).

Tatiana Vagramenko analiza el relevante papel jugado por la Iglesia ortodoxa rusa en el conflicto de Ucrania —desde una perspectiva teológica e ideológica— dotando del soporte imprescindible al Kremlin en su discurso doméstico y en su despliegue bélico exterior, hasta el punto de calificar el conflicto como la primera guerra de religión del siglo XXI (Leustean, 2022). Bajo la cobertura del denominado mundo ruso, el Kremlin pretende liderar política y espiritualmente todo el conjunto de los pueblos eslavos; por ello, la pluralidad confesional de Ucrania colisiona con el alineamiento sin fisuras de la Iglesia rusa con la agresión en curso. Este monolitismo se estudia en el marco del análisis histórico y de los discursos, así como desde el punto de vista de la antropología cultural, centrándose en las implicaciones religiosas de la guerra en Ucrania (Colosimo, 2022) y en sus raíces históricas. Igualmente se examina cómo se han transformado las narrativas religiosas —tanto en Rusia como en Ucrania—, de qué forma se usa legitimar el uso de la violencia y la influencia de la religión en el activismo social. El trabajo establece, en definitiva, la orientación geopolítica que ha adoptado la Iglesia ortodoxa rusa durante el mandato de Putin (Suslov, 2014).

La conclusión del conflicto en curso en Ucrania pero, de manera muy importante, los términos diplomáticos y las consecuencias que se deriven para ambos Estados y sus respectivas políticas domésticas del escenario postbélico pueden determinar el devenir futuro de esta amplia y convulsa área geopolítica y geoestratégica. La política exterior de Rusia hacia su “extranjero próximo” y los liderazgos alternativos que consoliden o modifiquen el actual sistema político imperante en el Kremlin van a estar estrechamente ligados a la finalización de una agresión que nunca tenía que haberse producido. Como mostró la acción protagonizada por Prigozhin y sus mercenarios del Grupo Wagner. Todos los escenarios están abiertos.

Bibliografía

- Acharya, A. (2017): “After Liberal Hegemony: The Advent of a Multiplex World Order”, *Ethics & International Affairs*, 31(3), pp. 271-285.
- Allison, R. (2014): “Russian ‘deniable’ intervention in Ukraine: how and why Russia broke the rules”, *International Affairs* 90(6), pp. 1255-1297.
- Allison, R. (2022): “Russia, Ukraine and state survival through neutrality”, *International affairs*, 98(6), pp. 1849-1872.
- Applebaum, A. (2018): “Putin’s Grand Strategy”, *South Central Review*, 35(1), pp. 22-34.
- Baqués Quesada, J. (2021): *De las Guerras Híbridas a la Zona Gris. La Metamorfosis de los Conflictos en el siglo XXI*, Madrid, UNED.
- Batta, A. (2022): *The Russian Minorities in the Former Soviet Republics: Secession, Integration and the Homeland*, Londres, Routledge.
- Brunk, I. y M. Hakimi (2022): “Russia, Ukraine and Future of the World Order”, *American Journal of International Law*, 116(4), pp. 687-697.
- Bukkvoll, T. (2016): “Why Putin went to war: ideology, interests and decision making in the Russian use of force in Crimea and Donbas”, *Contemporary Politics*, 22(3), pp. 267-282.
- Calvillo Cisneros, J. M. (2023): “El multilateralismo: nacimiento, desarrollo crisis y ¿resurgir?”, en A. Calatrava García y J. M. Calvillo Cisneros, eds., *El Orden Mundial en Transición*, Madrid, Dykinson, pp. 31-48.
- Colosimo, J. F. (2022): *La Crucifixion de l’Ukraine. Mille Ans de Guerres de Religions en Europe*, París, Albin Michel.
- Courtois, S. y G. Ackerman (2022): “¿Hacia dónde va Rusia?”, en S. Courtois y G. Ackerman, dirs., *El Libro Negro de Vladimir Putin*, Madrid, Espasa, pp. 451-456.

- Dadabaev, T. y S. Sonoda (2023): "Silence is golden? Silences as strategic narratives in Central Asian states' response to the Ukrainian crisis", *International Journal of Asian Studies*, 20(1), pp. 193-215.
- De Custine, A. (2019): *Cartas de Rusia*, Barcelona, Acanalado.
- De Gliniasty, J. (2022): *La Russie. Un Nouvel Échiquier*, Paris, Éditions Eyrolles.
- De Waal, T. (2013): *Black Garden: Armenia and Azerbaijan through Peace and War*, Nueva York, New York University Press.
- De Waal, T. y N. von Twickel (2020): *Beyond Frozen Conflict. Scenarios for the Separatist Disputes of Eastern Europe*, Londres, Rowman&Littlefield International.
- Devyatkov, A. (2017) "The Transnistrian Conflict: A Destabilizing Status Quo?-Analysis", *Eurasia Review*, 18 de julio. Disponible en: <https://www.fpri.org/article/2017/07/transnistrian-conflict-destabilizing-status-quo/> [Consulta: 27 de septiembre de 2023]
- Duguin, A. (2020): *The Theory of the Multipolar World*, Londres, Arktos.
- Epkenhans, T. (2016): *The Origins of the Civil War in Tajikistan: Nationalism, Islamism, and Violent Conflict in Post-Soviet Space*, Washington, Lexington Books.
- Faraldo, J. M. (2020): *El nuevo nacionalismo ruso*, Madrid, Báltica
- Fernández Leost, J. A. (2015): "La ideología euroasiática de Alexander Dugin: Entre la geopolítica y el populismo", *Nómadas*, 46(2), pp. 1-12. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=18153279003> [Consulta: 20 de septiembre de 2023].
- Figes, O. (2022): *Historia de Rusia*, Madrid, Taurus.
- Flores Juberías, C., ed., (2006): *De la Europa del Este al este de Europa*, Valencia, Universitat de València.
- Flores Juberías, C., ed., (2009): *España y la Europa Oriental: tan lejos, tan cerca*, Valencia, Universitat de València.
- Freire, M. R. y L. Simão (2015): "The modernisation agenda in Russian foreign policy.", *European Politics and Society*, 16(1), pp. 126-141.
- Frinkel, E. e Y. Brudny (2012): "Russia and the Colour Revolutions", *Democratization* 19(1), pp. 15-36. DOI: [10.1080/13510347.2012.641297](https://doi.org/10.1080/13510347.2012.641297)
- Galeotti, M. (2014): *Russia's War in Chechnya (1994-2009)*, Oxford, Osprey Publishing.
- Garton Ash, T., I. Krastev y M. Leonard (2023): "United West, Divided from the Rest: Global Public Opinion One Year into Russia's War on Ukraine", *Policy Brief ECFR*, pp. 1-19.
- Hynek, N. y V. Střítecký (2022): *Hybridisation of Political Order and Contemporary Revisionism*, Londres, Routledge.
- Hosking, G. (2011): *Russia and the Russians: A History*, Cambridge, Harvard University Press.
- Kazantsev, A., P. Rutland, S. Medvedeva e I. Safranchuk (2020): "Russia's policy in the 'frozen conflicts' of the post-Soviet space: from ethno-politics to geopolitics", *Caucasus Survey*, 8(2), pp. 142-162. DOI: <https://doi.org/10.1080/23761199.2020.1728499>
- Kelaidis, K. (2023): *Holy Russia? Holy War: Why the Russian Church is backing Putin against Ukraine*, Londres, SPCK Publishing.
- Keller, S. (2022): *Russia and Central Asia: Coexistence, Conquest, Convergence*, Toronto, Toronto University Press.
- Krastev, I. y M. Leonard (2023): "Fragile Unity: Why Europeans are coming together on Ukraine (and what might drive them apart)", *Policy Brief ECFR*, pp. 1-25.
- Kudaibergenova, D. T. y M. Laruelle (2022): "Making sense of the January 2022 protests in Kazakhstan: failing legitimacy, culture of protests, and elite readjustments", *Post-Soviet Affairs*, 38(6), pp. 441-459.
- Kuzio, T. (2016): "Nationalism and authoritarianism in Russia: Introduction to the special issue", *Communist and Post-Communist Studies* 49, pp.1-11.
- Lagutina, M., A. Sergunin y N. Tsvetkova (2023): *The Routledge Handbook of Russian International Relation Studies*, Londres, Routledge.
- Laruelle, M. (2012): *Russian Eurasianism. An Ideology of Empire*, Baltimore, John Hopkins University Press.
- Laruelle, M., ed., (2015): *Between Europe and Asia: The Origins, Theories, and Legacies of Russian Eurasianism*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.
- Laruelle, M. (2016): "The three colors of Novorossiya, or the Russian nationalist mythmaking of the Ukrainian crisis", *Post-Soviet Affairs*, 32(1), pp. 55-74.
- Laruelle, M. (2021): *Is Russia Fascist? Unraveling Propaganda East and West*, Nueva York, Cornell University Press.
- Leustean, L. N. (2022): "Russia's Invasion of Ukraine: The First Religious War in the 21st Century", *The LSE Religion and Global Society*, 3. Disponible en: <https://blogs.lse.ac.uk/religionglobalsociety/2022/03/russias-invasion-of-ukraine-the-first-religious-war-in-the-21st-century/> [Consulta: 25 de septiembre de 2023].
- López Jiménez, J. A. y J. Morales Hernández (2017): *La Política Exterior de Rusia: Los Conflictos Congelados y La Construcción de un Orden Internacional Multipolar*, Madrid, Dykinson.
- López Jiménez, J. A. (2018): "The dissolution of the Soviet Union and complex state construction processes. Two differentiated secession models in the Republic of Moldova: Gagauzia and Transnistria", *Spanish Yearbook of International Law*, 22, pp. 403-414.
- López Jiménez, J. A. (2020): "El factor nacional en la implosión de la Unión Soviética: el caso moldavo (1989-1994)", en A. Segura, ed., *Centenario de la Revolución Rusa 1917-2017*, Barcelona, Edicions de la Universitat de Barcelona, pp. 365-376.
- López Jiménez, J. A. (2021): "La OSCE y el espacio post-soviético: 30 años de prevención y resolución de conflictos. Una valoración crítica", *Revista Electrónica de Estudios Internacionales*, 41, pp. 1-35.
- López Jiménez, J. A., coord., (2021): *Rusia, UE y Derechos Humanos: 30 años de complejo encaje*, Valencia, Tirant lo Blanch.
- López Jiménez, J. A. (2022): *Bielorrusia: La Última República Soviética*, Madrid, Báltica Ensayo.
- Málkso, M. (2022): "The Postcolonial Moment in Russia's War Against Ukraine", *Journal of Genocide Research*, DOI: [10.1080/14623528.2022.2074947](https://doi.org/10.1080/14623528.2022.2074947)
- Mankoff, J. (2022): *Empires of Eurasia*, New Haven, Yale University Press.
- Martín de la Guardia, R. y G. A. Pérez Sánchez (2001): "La Europa del Este en la historiografía de las relaciones internacionales", *Revista Ayer*, 41, pp. 125-148. Disponible en: https://revistaayer.com/sites/default/files/articulos/42-5-ayer42_HistoriaRelacionesInternacionales_Pereira.pdf [Consulta: 25 de septiembre de 2023].

- Meister, S., ed., (2023): "Russia's war against Ukraine: connectivity and disruption in the South Caucasus", *Caucasus Analytical Digest*, 132.
- Mirza, N. M. y S. Ayub (2022): "Heartland, Rimland, and the grand chessboard deciphering the great power politics in Central Asia", *Journal of Social Sciences*, 5(1), pp. 187-204.
- Muradov, I. (2022): "The Russian hybrid warfare: the cases of Ukraine and Georgia", *Defence Studies*, 22(2), pp. 168-191.
- Núñez-Seixas, X. M. (2022): *Volver a Stalingrado. El frente del este en la memoria de Europa (1945-2021)*, Madrid, Galaxia-Gutenberg.
- Núñez-Seixas, X. M. (2023): "De Stalingrado a Ucrania. Memorias de una guerra de exterminio (1945-2022)", *La Maleta de Portbou*, 58, pp. 14-19.
- O'Loughlina, J., V. Kolossov y G. Toal (2015). "Inside the post-Soviet de facto states: a comparison of attitudes in Abkhazia, Nagorny Karabakh, South Ossetia, and Transnistria", *Eurasian Geography and Economics*, 5, pp. 423-456.
- Owen, J. (2021): "Two emerging international orders? China and the United States", *International Affairs*, 97(5), pp. 1415-1431. Disponible en: <https://doi.org/10.1093/ia/iiab111> [Consulta: 25 de septiembre de 2023].
- Plokhy, S. (2014): *Ukraine&Russia. Representations of the Past*, Toronto, Toronto University Press.
- Plokhy, S. (2016): *The Gates of Europe. A History of Ukraine*, Londres, Penguin Books.
- Plokhy, S. (2023): *The Russo-Ukrainian War*, Londres, Penguin Random House.
- Puri, S. (2022): *Russia's Road to War with Ukraine: Invasion amidst the Ashes of Empires*, Londres, Biteback Publishing.
- Putin, V. (2021): "On the Historical Unity of Russians and Ukrainians", Kremlin.ru, 2 de julio de 2021. Disponible en: <http://en.kremlin.ru/events/president/news/66181?fbclid=IwAR1FPurpeKAsfQh76xvh-MuRGwn2NMIq6y-3uYmA9WfHGFZhupSOHtg7No> [Consulta: 25 de septiembre de 2023].
- Romanova, T. y E. Pavlova (2012): "Towards Neoclassical Realist Thinking in Russia?" en Toje, A. y Kunz, B. (eds.) *Neo-Classical Realism in European Politics: Bringing Power Back In*, Manchester University Press, pp., 234-254.
- Sakwa, R. (2022): *Frontline Ukraine. Crisis in the Borderlands*, Londres, Bloomsbury Academic.
- Schlögel, K. (2022): *Ukraine: A Nation on the Borderland*, Londres, Reaktion Books.
- Sergunin, A. (2014): *Ukraine: Regards sur la crise*, Lausana, Éditions L'âge d'Homme.
- Sergunin, A. (2016): *Explaining Russian Foreign Policy Behavior. Theory and Practice*, Stuttgart, Ibidem-Verlag.
- Shevtsova L. (2015): "The authoritarian resurgence: forward to the past in Russia", *Journal of Democracy* 26(2), pp. 22-36.
- Smith, M. B. (2020): *The Russia Anxiety: And How History Can Resolve It*, Londres, Penguin Books.
- Studzńska, D. y J. Dunaj (2023): "Kaliningrad as an isolated zone: the impact of the war in Ukraine on the daily life of the residents of the Kaliningrad region. An introduction to the discussion", *Journal of Baltic Studies*, 54(2), pp. 395-407.
- Suslov, M. (2014): "The Utopia of Holy Russia in Today's Geopolitical Imagination of the Russian Orthodox Church: A Case of the Patriarch Kirill", *Plural*, 2(1-2), pp. 81-97.
- Tabatai, A. y D. Esfandiary (2018): *Triple Axis: Iran's Relations with Russia and China*, Londres, I. B. Tauris.
- Toal, G. y J. O'Loughlin (2016): "Frozen fragments, simmering spaces: The post-soviet de facto states", en Holland, E. C. y M. Derrick, eds., *Questioning post-soviet*, Washington, Wilson Center, pp.103-126.
- Toal, G. (2017): *Near Abroad: Putin, the West and the Contest over Ukraine and the Caucasus*, Oxford, Oxford University Press.
- Tsygankov, A. (2014): *Russia and the West from Alexander to Putin. Honor in International Relations*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Wheatley, J. (2016): *Georgia from National Awakening to Rose Revolution. Delayed Transition in the Former Soviet Union*, Nueva York, Routledge.
- Wolff, S. (2011): "A resolvable Frozen Conflict? The Domestic and International Politics of Self Determination in Moldova and Transnistria", *ECMI Issue Brief*, 26, Flensburg, European Centre for Minority Issues.
- Yavuz, M. H. y M. Gunter, eds., (2022): *The Nagorno-Karabakh Conflict: Historical and Political Perspectives*, Londres, Routledge.
- Zabortseva, Y. N. (2016): *Russia's Relations with Kazakhstan: Rethinking ex Soviet Transitions in the Emerging World System*, Nueva York, Routledge.